

FLAMENCO 
K I L L E R

LOLA RETURNS

JMS GUTIÁN

El flamenco siempre comienza con un pequeño interludio de la guitarra, la *salía* de guitarra, esa introducción que sitúa el sonido en su tono y manda callar al respetable –y al que no lo es tanto también– con un preludio de pellizco y rasgar de las seis cuerdas.

Luego llega el temple de la voz, que se une a la guitarra, lo que se llama la *salía* del cante. Son las *tarabillas* o *glosolalias*, esas sílabas sin sentido y con todo el sentimiento como es el *iaaayyy!*, el *quejío*, que rompe la voz del cante jondo, o como son las onomatopeyas como los *alalas*, *larales*, *lereles*, el *tan taran tan*, o el...

Tiriti tran tran tran
tiriti tran tran tran tran
tiriti tran tran tran trero
ay tiriti tran tran tran...

Esa es la *salía* del cante por alegrías. Luego vendrá la *salía* del baile.

Apenas podía abrir los ojos; la boca se me había llenado de arena y me costaba respirar. Era de noche; no podía ver nada con claridad, solo una oscuridad borrosa que se filtraba a través del pelo mojado sobre mi cara y mis ojos amoratados. La ola me arrastró unos metros

revolcándome sobre las algas gelatinosas que se habían acumulado con la subida de la marea, dejándome boca arriba. Yo llevaba puesto mi traje de faralaes rojo de lunares blancos, el de cola larga, que se había desgarrado dejándome un hombro al aire; ahora era un revoltijo mojado que pesaba un quintal y tiraba de mí de nuevo hacia el mar.

No tenía fuerzas para incorporarme, reptar o seguir respirando; para esto último no hacía falta la voluntad, menos mal.

Tomaba aire cuando el impacto de una nueva bocanada de agua y espuma cubrió mi rostro y llenó mi boca de agua salada, turbia, donde se mezclaban ya la arena fina, la saliva densa y la sangre que amenazaba con coagularse. Una arcada que emergía desde mi estómago arrojó en la orilla bilis, lo que me quedaba de alimento en el interior, poco. Los músculos del abdomen se me contrajeron y llevé mis manos al vientre en un tic espasmódico de intenso dolor que me dejó de medio lado y achicada, como una dismenorrea; así lo sentí, como un calambre menstrual.

Me dolía todo; media hora de lucha contra el mar me había dejado una costilla rota, innumerables heridas abiertas y moretones en todo el cuerpo, que se habían sumado a la andanada de golpes que me habían dado previamente. Estaba lo que se dice hecha un Cristo y el vestido había quedado para tirarlo a la basura; parecía más el Jesús de *La Pietá* de Miguel Ángel que la sicaria, madre soltera y profesora de flamenco que soy.

Te preguntarás que cómo había llegado ahí.

Ahora voy a contártelo; primero déjame que coja fuerzas, ya que las mujeres somos de contar las cosas despacio, sin prisas, con detalles, que para muchos hombres son insignificantes, pero que son, esos detalles de las historias, la esencia de nuestras vidas. Verás, disfrútalo y no seas impaciente, que si por muchos fuera ya estarían deseando que el libro terminara. Así son ellos.

Miré a lo alto y divisé la línea de luces que marcaban el paseo peatonal que recorría la costa de Palos Verdes desde el Cabo Vicente hasta Hermosa Beach.

Me acordé de Encarna, mi hija. Me vi con ella; estábamos sentadas en las sillas de la cocina y me miraba fascinada; yo tenía en la palma de mi mano una moneda japonesa de cobre. La enhebré por el agujerito central, uní los dos cabos con un nudo y se la puse alrededor del cuello como si le pusiera una medalla olímpica. Lo recuerdo, que una madre siempre tiene a sus hijos en la mente. Así es.

Yo soy Lola Ramos y todavía no han acabado conmigo.

Han pasado dos meses desde que maté definitivamente a mi marido muerto. ¿Lo recuerdas? Te lo conté. Los dos éramos agentes del FBI, nos casamos. Él murió en una trampa, o eso creí. Estaba embarazada, me borré del FBI, nació Encarnación y cinco años más tarde él apareció de nuevo en mi vida y me lo cargué. Un resumen muy rápido para que te hagas una idea de por lo que he pasado.

Se cuenta fácil ahora, pero fue un momento muy complicado, que las mujeres contamos las cosas com-

plicadas con desenvoltura y como si nada. ¡Lo que hay que tragar! Tendemos a hacer de todo un ovillo de lana con el que juega el gato de la realidad, ¿o no?, digo.

El año que cumples los treinta y seis es un año difícil en la vida de una mujer. Me imagino que cuando llegue a los treinta y siete diré lo mismo. Quizá llegue a la conclusión de que no hay años fáciles en la vida de una mujer. No lo sé todavía, te lo iré contando.

Encarna, mi hija, con cinco años ya está muy integrada en el colegio, que la chiquilla va muy contenta y eso les da mucha tranquilidad a las madres. Aunque la llevo a la psicóloga infantil para prevenir, que la niña dibuja cosas muy raras de tumbas y cruces últimamente que a mí me hacen sentir fatal cuando las veo, pero me ha dicho Margaret, su psicóloga, que no le dé importancia, que todo va bien; que yo me pregunto si me habrá salido una hija gótica. ¿Serán los genes de su padre? Las cosas buenas las ha heredado de mí, las malas seguro que de su procreador. Yo por dentro no le doy el título de padre, visto lo visto, y he borrado su nombre de mi tatuaje; ni lo pronuncio, mira.

Mi padre, Macareno Ramos, se ha echado un socio chino, Xin Lee, y ambos han abierto –ha sido esta misma noche– un tablao flamenco en Long Beach, el Flame&Co, que se puede traducir como «llama y compañía», cerca del puerto. Pretenden que, además de tomar unas copas y ver el espectáculo, se sirva algo de comida, y ahí es donde están teniendo discrepancias, que mi padre apoya más el servir gazpacho, jamón serrano loncheadito y queso curado de oveja, y su socio